

compañeros se les juntasen, aguardaban una lluvia de balas á pie firme, sin curarse de cómo caían por todas partes muertos aquellos granaceros con la majestad religiosa de un árbol que se derrumba y sin lanzar ni la queja lanzada por el árbol cuando el hacha lo hiere y lo abre y lo derriba. ¡Cómo contrastaba la sangre fría de aquellos valientes con el calor de quienes los cazaban, que no satisfechos con cazarlos; añadían á las exterminadoras descargas los calumniosos insultos! Su aplomo hizo que sus contrarios les vieran morir atravesados por sus tiros; mas no les vieron retroceder ni un paso en su marcha y en su camino adelante. Llegó la serenidad al extremo de rellenar los claros hechos por las heridas y la muerte con vivos, quienes cumplían sus evoluciones y ocupaban sus puestos como si, en vez de aguardar golpes mortales, ejercitasen sus modos de formar y evolucionar so las miradas de un público entusiasta y amable. Diez pausas hicieron en el tiempo de su marcha, correspondientes á diez detenciones ó paradas inevitables, rechazando los asaltos de sus contrarios. De todas salieron disminuidos en disminuciones horribles, pero triunfantes en triunfo gloriosísimo, pues que continuaron su marcha y consiguieron su objeto. El infierno volcado en aquellos espacios por el genio exterminador que preside todos los horrores de la Historia, no hubiera conseguido detenerlos. Y los enemigos suyos, reforzados por los curiosos, más crueles en su neutralidad éstos que los combatientes en su furia, pues del lado de los vencedores se ponen siempre, acudieron sobre aquella legión heroica como las moscas sobre los cadáveres. Hubo engaños terribles en estas cacerías enormes de hombres por hombres. Los voluntarios bretones de la libertad llevaban el uniforme rojo, cual siempre lo llevarán aquellos suizos, mercenarios de la Monarquía. Y el pueblo se ponía cual el toro se pone á la vista del color grana, que recuerda sangre y pide sangre. Así, donde quiera veía un soldado rojo, lo mataba. En aquel mismo instante el ojeo y caza implacable á los suizos, el pueblo mató, por ceñir colorado uniforme, seis bretones. Mientras tanto llegaron los suizos al gran pilón del surtidor que se levantaba sobre la plaza Luis XV, observando una corrección matemática, y siguiendo una marcha regular, como figuras mecánicas, las cuales no tuvieron sangre que guardar ni vida que defendér. Pero, al advenir á este sitio, donde acaso aguardaban los refuerzos que creían ellos pedidos á sus compañeros acampados en Courbevoie, y encontrarse con milicianos y más milicianos aglomerados en su contra, sintieron discurrir por sus venas los fríos del pánico, y flaquearon en la sublime retirada del Palacio, que habían llevado hasta tal momento y tal sitio, entre dos fuegos, como si fueran de amianto; incombustibles. ¿Por qué no retroceder, cuando adelante les aguarda la muerte tan sólo? ¿Por qué marchar á un matemático y lento compás ofreciendo blanco seguro y objetivo enorme á las balas? ¿Cómo continuar muriendo y no matando? Ninguno de tales raciocinios se hace jamás con el espacio y con el tiempo en que se dicen. Pero pasan por los espacios caliginosos de la mente conturbada con celeridad incalculable y se ponen por obra en el ins-

tinto de conservación, mucho antes del relampagueo suyo por las interioridades del alma. «Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo de aquí», diría en su interior cada suizo, como suelen decir los castellanos viejos en sus adversidades; y se dispersaron los infelices antes de que pudieran comunicarse tal idea, lanzándose como manadas de asustadizos gamos por las alamedas, después de haber, como verdaderos mártires, afrontado aquella matanza. La muerte alcanzó á todos.

De tales acontecimientos y de los que iremos desarrollando en los capítulos sucesivos; dedúcese con lógica deducción que ha muerto la Monarquía tradicional, como de cuanto pasaba entre los diputados, que también ha muerto el Congreso legislativo. Desde las primeras horas se ha visto que, incierto el Congreso, ha perdido la dirección de los acontecimientos, mientras, muy resuelto el Ayuntamiento, hála tomado. En tanto que los jefes de la revolución se han escondido, excepto Danton y su segundo el tímido Desmoulin, sin que nadie supiese cosa ninguna de Robespierre, de Marat, los girondinos se dividen, cogiendo la desgracia del Rey á madame Roland, y á Barbaroux con el sueño de la República, mientras á Brissot y á Vergniaud y á Guadet de acuerdo para ocurrir, si era necesario, á la salvación del Monarca. No puede darse muestra más patente de la incertidumbre interior predominante sobre las ideas y las resoluciones de los girondinos que poner estos en la gravísima ley, destituyendo el Monarca parlamentario y llamando la Convención Nacional, cláusula tan dispar con todo, y por lo mismo, tan disparatada, como la cláusula que nombraba un tutor al Delfín, creídos sin duda que el principio monárquico no había sido por completo aplastado, merced al horroroso encuentro del diez de Agosto, y con el principio monárquico subsistía su inmovible fundamento, el principio hereditario. Así de tamaña perplejidad entre los más conservadores en la República; del doble juego de Pétion traicionando la Monarquía y la plebe como Alcalde, al mismo tiempo; del proceder de Lafayette puesto ante los irruptores alemanes y empeñado en salvar los regios cómplices de la irrupción; del cubileteo y prestidigitación de un general tan inspirado como Dumouriez, á quien dañaba mucho el no saber en política jamás á qué palo quedarse; del discurso de Brissot pidiendo se aplazase la destitución del Rey la víspera del destronamiento, mientras Barbaroux llevaba los marseleses á París para destronarlo; del manejo de Vergniaud requiriendo un pacto entre la realeza y la libertad para salvar una Constitución, cuyo salvamento á todas luces aparecía imposible; del inútil esfuerzo empleado para conservar los restos del principio hereditario cuando sobre los antiguos principios avanzaba una sombra tan gigantesca y espesa como la Convención; del hallarse los republicanos conservadores faltos de concentración al advenir la República, provinieron sus anulaciones respectivas mientras los republicanos rojos fundaban la Comunidad revolucionaria en réemplazo de la Comunidad legal; disponían el asalto al templo de la Realeza; inmolaban al comandante Mandat para que no pudiera dirigir la defensa; tocaban á rebato con todas las campanas de París

y movían á la rebelión todos los corazones; colocaban el nervioso Santerre á la cabeza de los revolucionarios; lanzaban los dos ríos de lava dirigidos desde los barrios de San Antonio y de San Marcelo para envolver las Tullerías y luego los juntaban en el Puente Nuevo para que acabasen la obra de universal destrucción, ensañándose con furor en todo lo antiguo; mataban al mismo golpe la Monarquía y la Cámara ofreciéndoles en holocausto la Constitución; empuñaban las riendas del Estado para que no zozobrase nunca en aquella crisis tremenda y pudiese hacer frente á la irrupción extranjera desencadenada; sumaban todas las energías en su seno agregando á la energía de Danton la popularidad de Manuel y á la perfidia maquiavélica de Robespierre la demencia cruentísima de Marat; tomaban las Tullerías, y al tomarlas concluía sobre sus escombros el viejo absolutismo: que todo este colosal esfuerzo y todo este increíble arresto fueron indispensables á cambiar el régimen antiguo en el nuevo régimen de la libertad y del derecho. Así el poder pasó del Parlamento á la Comunidad. En vano el Parlamento intentó conservar la Constitución; el Municipio la hizo pedazos. En vano quiso el Parlamento guardar un resto de culto al principio hereditario; lo abrogó la Comunidad. En vano suspendió el Parlamento al Rey; la Comunidad lo destituyó. Quisieron los parlamentarios custodiar al jefe del poder ejecutivo; la Comunidad exigió esa custodia. Quisieron los parlamentarios llevar al Palacio del Luxemburgo la dinastía, llevóla el Ayuntamiento á una fortaleza de donde sólo pudiera salir para el cadalso. Debió el Cuerpo Legislativo hacer una de estas dos cosas: ó proclamar él mismo la República, ó defender la Constitución. En aquel momento supremo le asaltó la peor enfermedad que podía en tal crisis asaltar á una institución; le asaltó la incertidumbre. Y en esta incertidumbre ni fundó el Congreso la República, ni defendió la Monarquía: los más resueltos, los más temerarios, los que cerraron la vista de su conciencia para no ver los sacrificios demandados por el triunfo de la revolución, dictaron órdenes al Congreso, haciendo el Congreso á su vez todo cuanto le habían á una impuesto tales exagerados, quienes asumieran la dictadura más omnimoda y más omnipotente que han visto los tiempos. Murieron al mismo golpe, día diez de Agosto, Realeza, Cámara, Constitución.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-SEGUNDO

Del Congreso al Temple



El movimiento de los suizos aparece capital en la revolución, porque significa el fin de aquellas fuerzas extrañas y extranjeras puestas al servicio de la Monarquía y sin enlace de ningún género con la nación. Esta guardia real, este verdadero instituto absolutista, parece organizado en demostración práctica de lo muy ajeno que á la sociedad permaneció el absolutismo siempre. Semejantes guardias parecían perros, pues asaltaban á todos los nacidos contra quienes el amo los dirigía y azuzaba. Republicanos de nacimiento; libres de condición; demócratas por los gérmenes de igualdad connaturales á toda República, aun á las repúblicas de mayor carácter aristocrático y más fuerte patriciado; acostumbradísimos á los ejercicios fortificantes del gobierno popular y á las asambleas en cuyo seno penetra siempre aire de vida que os da verdaderos alientos y os colora la sangre; debían los suizos contemplar de mal ojo aquellos ídolos chinos que se llamaban Reyes absolutos, colocados, no solamente sobre la sociedad, fuera casi de la sociedad, por su elevación y por las alturas de sus tronos, como debían repugnarles tanto los cortesanos cuanto nos repugnan hoy á nosotros cargos, oficios, procederes de tan domésticos siervos; pero, por paga y sueldo, añejos mercenarios, sobreponíanse á su naturaleza y á su educación, derramando la sangre de los mismos naturales entre quienes servían, con igual obediencia mecánica que la puesta por matarifes, ó ayudantes del carnicero, al degollar sus reses en las carnicerías de bueyes ó en las matanzas de cerdos. Condición del despotismo: